

GACETA DEL GOBIERNO

DE LIMA.

SABADO 31 DE AGOSTO DE 1811.

NUEVA-ESPAÑA.

LA NOCHE TRISTE DE GUANAXUATO.

Cuando el tirano Napoleon, por medio de sus impíos agentes, ha procurado sembrar por toda la tierra la fatal semilla de la discordia para establecer su trono sobre las ruinas de la humanidad, ¿quien habia de creer que los países que han sido siempre la mansion sagrada de la paz habian de contaminarse con un veneno tan funesto, que al mismo tiempo que equivoca las opiniones contra la virtud y las leyes, divide las voluntades en el trastorno del órden social? Una cruel desgracia, cuyo origen no podia estar determinadamente á las previsiones políticas en tan angustiosas circunstancias, ha hecho que donde solo se oía el lenguaje de la virtud y la fidelidad, resuenen hoy los clamores de la discordia envueltos con el estruendo del cañon y el choque de las espadas de los hermanos contra sus hermanos. Un furor sangriento y rabioso se ha sustituido á las conmociones suaves de la lealtad y la subordinacion, y á pesar de la noble resistencia de la virtud, se han presentado á nuestros ojos las escenas mas terribles, como precisa consecuencia del trastorno y del desórden.

Los asesinatos perpetrados por la arbitrariedad desenfrenada de una porcion de foragidos del populacho en la desgraciada ciudad de Guanaxuato la noche del 24 de noviembre de 810, presentan un cuadro á la humanidad, que debe aterrorizar á los que fomentan esa fatal semilla de la discordia, luego que vean su exécrable

fruto, y las consecuencias de un sistema fraguado en las infernales maquinaciones del enemigo universal del hombre. ¡ Por fin hemos visto con nuestros propios ojos la multitud de escollos á que está expuesto cualquiera pueblo en la temible época de las convulsiones políticas! ¡ Época en que solo por un esfuerzo de virtud predominante, como ha sucedido entre nuestros hermanos de la península, podrá el interes general de una nacion ser preferido al de los particulares! Sí: el interes particular entregado al desorden de las pasiones, ¡ gran Dios! ¡ que agente tan funesto de la destruccion y el aniquilamiento del estado! El conduce á la mas horrible anarquía en medio de los robos, los asesinatos, las venganzas personales, y el predominio de los malvados sobre el virtuoso y pacífico ciudadano, que se ve precisado á buscar entre las fieras lo que le niega la sociedad de los hombres.

Tales eran las funestas meditaciones que agitaban mi fantasía en una tarde que salí á respirar el ayre libre de la alameda de esta capital. Aquellos árboles desnudos y amarillentos por el rigor del invierno hacian un triste eco á mi imaginacion vacillante. El aspecto melancólico y silencioso de los que transitaban por sus calles me indicaba la tristeza general de mis conciudadanos. Ellos han oido, como yo, los gemidos de la humanidad: han visto tambien el ropage sencillo y agraciado de la América, manchado con la sangre de sus propios hijos devorados por la serpiente ominosa de la discordia.

Insensiblemente me acerqué á las glorietas de la fuente principal, y me ví abrazado por mi antiguo compañero L. que estaba recién llegado de tierra-adentro, y habia sido testigo de algunos sucesos. Las tiernas conmociones de la amistad perdiéron su dulzura al llegar á nuestros corazones, porque ámbos estaban afligidos y consternados: nuestra conversacion recayó sobre el mismo objeto.

Sería necesario arrebatár á Young su denegrido

pincel, dijo mi con pañero, para hacerte una pintura de las terribles escenas que he presenciado; sin embargo, delinearé un rasgo para que fundes tus inducciones. Yo me hallaba con sobrada inquietudes en la villa de Leon, cuando supe que los insurgentes habian entrado en Guanajuato, y que habia costado bastante sangre á la virtud que opuso su resistencia. D. Eduardo G** estaba allí casado con mi prima Magdalena, y aquella borrasca debia comprehenderlo, por ser europeo, contra quienes se habia procurado irritar al pueblo por el principio mas inicuo. Volé inmediatamente á socorrerlo, ó á lo ménos consolarlo, bajo la salvaguardia del sistema adoptado de que los hijos del país eran mirados con ménos odio. De una jornada me puse en la ciudad, donde entré al anochecer en medio de los clamores de los centinelas, cuyo sistema tuve que adoptar en las respuestas para no ser asesinado. Me dirigí á la casa de mi prima. su esposo en efecto se hallaba en la prision de las Granaditas, á donde con otros lo habían pasado del cuartel de los infantes en aquella misma tarde, en medio de las irrisiones y escarnios mas groseros. Tu conoces la extrema sensibilidad de Magdalena: el dolor la habia puesto en términos de perder el juicio. Mil veces habia suplicado con el llanto y la humillacion se la permitiese acompañar á su esposo, y seguirle hasta el sepulcro, rodeada de dos tiernas niñas, cuya angelical inocencia no pudo mover á los invasores. Eran inexôrables é incapaces de prestarse á los sentimientos de humanidad. En un arrebató de ira y compasion salí á indagar la suerte de mi querido Eduardo: atravesé la plaza principal, toda llena de corrillos de gente armada, y como uno de tantos me interné hasta la Alhondiga, en cuya puerta pregunté al centinela, si se hallaba allí Eduardo G** y si podría hablarle? *á nadie se habla*: me respondió con ceño y sin mirarme: Yo insistí en mi pretension hasta valerme de la humillante súplica: se me tuvo por cómplice, y en un momento me ví presentado en un tribunal ridiculo, en que una *fiera* de ojos centellantes ha-

cia de presidente. Se me hizo un interrogatorio, á que contesté declarando mis intenciones reducidas á consolar y socorrer al esposo de mi prima. Una exêracion fué la respuesta, y se me arrestó inmediatamente en la misma casa judicial. Tan amarga situacion me iba á hacer aventurar un lance en que tal vez hubiera perecido; pero á las dos horas de mí arresto llegó un capitan de Pázcuaro, amigo mio, y poniéndome en la calle, me dijo que fuera sin temor: que pronto veria á mi primo porque el cura habia permitido yá que se pudiera comunicar y socorrer á los prisioneros.

Consolado con esta noticia volé á comunicarla á Magdalena, y con ella calmé su espíritu. En efecto, al dia siguiente se comunicó la órden del cura, aunque no con la extension que se me habia asegurado posteriormente; pero Eduardo fué socorrido en medio de la miseria y desnudez que habian reducido á su familia. Esta licencia se estrechó algo mas cuando volvieron las tropas de la jornada de Aculco, cuya accion se pintó allí con colores muy halagüeños, suponiendo á México en su poder; pero las disposiciones y armamentos ulteriores nos desengañaron, mucho ~~quando se habló~~ de la proxîmidad de las tropas del rey.

Ansioso por saber este feliz momento me metia en medio de la caterva, que vagaba por todas partes en corrillos confusos y desordenados. Yo miraba en aquel laberinto inexcrutable los sintomas mas claros del odio, de la ambicion, de la venganza, de la vanagloria y de aquella ignorancia fascinada con que tan cruelmente se arrastraron los pueblos inocentes con la idea quimérica de libertad.

El dia 20 de noviembre comenzáron á divulgarse los alarmas generales: las guardias se dobláron en las Granaditas, y se siguió una secreta confusion de partidos y facciones, que me hiciéron estremecer varias veces. Los prisioneros americanos aumentaban su número: tenían deudos y amigos que llevaban á su favor el partido que sostenia la inocencia de los europeos, que tam-

bien se hallaban con enlaces y relaciones de igual estrechez: La voz de la justicia estaba muy debilitada por la fuerza, y el espionaje mas cruel habia repartido por todas partes agentes asalariados, siempre astutos en revelar los secretos de la sociedad. La humanidad, la gratitud, y aun los deberes mas justos de la naturaleza eran delatados como un crimen.

Por fin llegó el dia que iba á decidir la suerte de las víctimas. Las esperanzas de los invasores desaparecieron como humo, sus gefes dejaron aquel país que ya no les sufria. Llegaron las tropas del rey para arrebatarse la presa de las manos del crimen. Ya aguardábamos la serenidad de las borrascas cuando un nubarron sangriento atronó las cabezas de tantos inocentes. No sé que furia desatada del abismo concitó al pueblo en aquellas convulsiones de ira, y en una efervescencia tumultuaria se precipitó á la prision de las Granaditas y otros parages, y como lobos rabiosos derramaron la sangre de sus hermanos. ¡ Su frenesí llegó al extremo! La desgraciada Magdalena sentia despedazarse su corazón: otras varias esposas é hijas, levantaban sus clamores hasta el cielo, que irritado de tantas crueldades habia ensordecido. Varios eclesiásticos y personas honradas y virtuosas, que hacian contraposicion en aquel cuadro infernal, se esforzaban eficazmente á contener al pueblo; pero este se habia entregado á las pasiones mas violentas y fuertes con una ciega impetuosidad. Unos apagaban su sed rabiosa con la sangre de sus víctimas, y casi delante de mí se dió muerte á un anciano europeo, que de rodillas pedia la vida á su agresor, alegando la proteccion que poco há le habia dispensado como á uno de sus familiares. Su arma cruel era una media luna sobre una hasta; limpió la sangre con sus propios dedos y se tiñó la cara con ella, como en trofeo de su crimen. Otros en el gran patio de la Alhondiga baylaban al rededor de sus víctimas, imitando á los antropófagos. Yo les ví arrebatarse de un bárbaro placer al referir el número de sus asesinatos.

Las funestas sombras de la noche acabaron de cubrir con su densidad aquel terrible cuadro, y á pocos momentos advertí que todos se salían, á excepcion de uno ú otro de aquellos á quienes la amistad ó el parentesco exigía el justo tributo de las lágrimas. Eduardo se presentaba á mi fantasía todo cubierto de sangre, y en sus labios el silencio de la muerte. Otras veces le oía reclamar mis socorros y los de su querida esposa. Esto me hizo subir con pasos trémulos por aquellas escaleras ensangrentadas, con ánimo de buscar la estancia que le habia servido de prision, y entregarme allí á sus mánes, si no le encontraba vivo. Mil espectros vagaban al rededor de mí, chocando unos con otros. Oía sus gemidos, y casi me llegó á faltar el aliento.

Al concluir la escalera ví que en el cuarto del carcelero habia luz, y confiado en su humanidad, muy ajená de los de su clase, le llamé por su nombre en voz baja, y me hizo que entrara, instruyéndome en varios particulares relativos á la sagacidad, con que habia emprendido ocultar bajo los cadáveres á muchos vivos, y que solo aguardaba oportunidad para sacarlos. Entre ellos se hallaba el desgraciado Eduardo, y esta noticia me volvió todas mis fuerzas. Me advirtió tambien que varios habian escapado en una estancia interior resistiendo á fuerza de hombros la tentativa de los malvados, que habian querido forzar la puerta. Yo inquieto por la suerte de mi primo, queria en aquel momento que lo buscásemos; pero nos sorprendieron unos alaridos lejanos, que por momentos se aumentaban hasta llegar al patio de la Alhondiga, que á poco se vió inundado de gente armada que se alumbraba con hachas de viento. El carcelero apagó su luz, y á poco subió toda la turba dirigiéndose á la estancia de los prisioneros que habian resistido. Nada encuentro comparable al terror que me infundió este suceso; el carcelero temblaba de congoja al veer frustradas sus esperanzas; de mucho mas cuando oimos que la terrible hacha rompía la puerta, y que se introducian aquellas fu-

ria para asesinar a los sitiados; pero ¡oh gran Dios, cuán grandes son tus misericordias! A poco oímos una voz esforzada que gritó: ya tenemos armas, compañeros, ánimo y á ellos. A esta voz corrieron todos los malvados precipitadamente, sin parar hasta la calle, y advertimos que los prisioneros vagaban entre las tinieblas. Al momento encendimos el farol y nos acercamos á ellos invocando el nombre santo de la amital, cuya voz consoladora acabó de reanimarlos para tratar de la fuga; pero mi corazón no estaba quieto hasta saber de mi querido Eduardo. A nuestras voces se movieron espantosamente los cadáveres que sembraban el dormitorio, y vimos salir á los vivos desnudos y ensangrentados que era el ardid que los habia salvado. ¡Eduardo! grité todo témulo y palpitante: ¡compañeros! gritaron todos, y yo me ví abrazado de mi querido primo. Lo que importa es que escapemos en esta oportunidad, me dijo, estrechándome con sus miembros frios. Aparentemos armas, dijo otro, aquí hay rajas de una mesa que destrozamos en la prision; hay tambien una lanza y un grueso garrote que quitamos á los asesinos. Pues echémonos en brazos de la providencia Divina, dijo otro avanzando por delante, y poniendose todos la astilla en el hombro para aparentar lanzas. El carcelero los abrazaba á todos. Yo partí mi ropa con Eduardo, y nos presentámos á la calle sin encontrar mayor resistencia. Nos salimos fuera de la ciudad para buscar el camino que debian seguir las tropas del rey, y entre mil sustos y congojas que no pudieron arredar á aquellos inocentes, llegamos hasta Valenciana para bendecir á la Divina Providencia, que por un efecto de sus bondades inagotables se habia compadecido de los desgraciados, y preparaba el triunfo á los honrados hijos de la patria, que supieron reprimir con sus armas al enemigo, y este lavó con su propia sangre los crímenes cometidos contra la humanidad á manos de la justicia ofendida.

Carta de Raynal

„ Yo me he atrevido á hablar á los Reyes de sus deberes, y así permitidme que ahora hable al

pueblo de sus errores. Quizá es muy cierto, y lo recuerdo con asombro, que yo soy uno de aquellos que inflamados de una generosa indignación contra la tiranía y el poder arbitrario, han dado armas á la licencia. Hallandome próximo al sepulcro, y á dejar la nación francesa, cuya felicidad he deseado ardientemente, ¿que es lo que veo al rededor de mi? Turbaciones religiosas y discordias civiles, la consternacion de los unos y la audacia de los otros, un gobierno esclavo de la tiranía popular, el santuario de las leyes cercado de hombres desenfrenados, que quieren alternativamente dictarlas ó despreciarlas, soldados sin disciplina, gefes sin autoridad, ministros sin medios, y el poder público entregado á los juntas populares..... La Francia entera presenta dos partidos muy declarados, el uno de las gentes de bien y espíritus moderados, que se hallan mudos y consternados, y otros de los hombres violentos que se electrizan, se unen y forman un volcan horrible, que vomita torrentes de fuego capaces de destruirlo todo. La Asamblea se gloria de haber llegado á acercarse al término de su carrera, y no está rodeada mas que de ruinas manchadas de sangre, y bañadas de lágrimas, de ruidos sordos y vagos, y de una tierra que humea y tiembla por todas partes, anunciando siempre nuevas explosiones..... Cuando se exâminen con reflexion todas estas producciones inmaturas, se desvanecerán como un sueño, ó si quedan subsistentes producirán inconvenientes mayores que los abusos que pretenden destruir. ¿Quién ha pensado jamas dar á un pueblo grande una constitucion fundada sobre invelaciones abstractas y quiméricas?.... En estos tiempos de facciones y delirio, solamente la sabiduria puede ser peligrosa..... Mi pensamiento se extiende hasta desear que se apresure mi muerte, y espero que vosotros recibireis de un viejo que ya está apagándose, la verdad que os es debida. “

Esta carta dictada por el desengaño del Apostol mas ardiente de la libertad la publicamos unida á los sucesos de Guanajuato, para modelos de los regeneradores políticos.